





LOS GUARDIANES DEL
MUNDO ANGELICAL
Y EL REINO CELESTIAL



Elisa Mariel Oliva

LOS GUARDIANES DEL
MUNDO ANGELICAL
Y EL REINO CELESTIAL



Primera edición: octubre de 2017

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Elisa Mariel Oliva

ISBN: 978-84-16824-52-6

ISBN digital: 978-84-16824-53-3

Depósito legal: M-24214-2017

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi hija Emma, por «prestarme» muy amablemente su nombre.
A mi marido Rodrigo, por apoyarme incondicionalmente.
Y al Mex real, quien inspiró esta historia.*



1

—Un cinco...—dijo Emma deprimida mientras caminaba de regreso a su casa desde el colegio, mirando una hoja de papel—. ¡No es justo!

De repente se detuvo mirando un punto fijo delante de ella y una idea horrible cruzó por su cabeza: «Mi papá me va a matar». La noche anterior su padre se había quedado hasta muy tarde estudiando con ella para el examen de matemáticas... Y se había sacado un cinco.

Emma tenía diecisiete años y todavía iba al secundario. Cursaba ya la segunda mitad de su último año y le quedaba muy poco para terminar. Matemáticas siempre había sido su punto débil y no quería pasarse el verano estudiando.

Su padre había sido muy buen estudiante cuando cursaba la secundaria. De hecho había sido abanderado nacional. Pero Emma había salido más a su madre. Le gustaba leer, tocar el piano, escribir... cosas así, tranquilas, inspiradoras, soñadoras... no matemáticas. ¡Las odiaba!

Pero bueno, iba a tener que enfrentarse a su padre con una mala nota después de tanto esfuerzo. Probablemente le diría que no importaba y que la próxima vez estudiarían más. Pero eso no era lo que le preocupaba. Ella no quería defraudarlo nuevamente.

Cuando se dio cuenta, ya había llegado a su casa. Cerró los ojos, tomó aire y entró. No había nadie. ¡Cierto! Sus padres trabajaban hasta tarde los viernes. Bueno, al menos tenía unas horas más para pensar como se lo diría.

Entró a su habitación, tiró saco y mochila en un rincón y se sentó en su escritorio. Se quedó mirando fijamente su examen y estudió la posibilidad de transformar ese cinco en ocho. Pero no, su papá se daría cuenta y no sería honesto. Todavía estaba pensado qué otras posibilidades le

quedaban, cuando tuvo la extraña sensación de que la observaban. Giró enseguida la cabeza y miró a todos lados. No había nadie.

Algo recelosa, se levantó y fue a abrir su ropero. Se cambió el uniforme y volvió a cerrarlo. De repente se sobresaltó. Tuvo la fugaz visión de una persona que la miraba desde el espejo de pie que había en una esquina de su cuarto. Se acercó y examinó el espejo. No había nada. Sólo su reflejo le devolvía la mirada. Suspiró y volvió su vista al escritorio donde todavía estaba su examen. Probablemente intentaría convertirlo en un ocho más tarde. Volvió a agarrar su mochila y salió del cuarto cerrando con fuerza.

Justo en ese momento, el espejo brilló y se escuchó una voz desde adentro que dijo: «Por fin la encontré princesa Emmanuelle». Aunque ella ya no estaba.

*

Al día siguiente, era sábado, y Emma se levantó tarde como corresponde. La noche anterior le había costado dormirse. Tuvo que confesar a sus padres la mala nota con mucha vergüenza, pero como ya esperaba, su papá no le dio importancia y le dijo que la próxima vez estudiarían más. Estuvo dando vueltas en la cama hasta muy tarde y cuando por fin pudo conciliar el sueño, se despertó de repente, como si hubiese dormido durante días y días. Pero sólo habían pasado unos minutos. No era la primera vez que tenía la sensación de haber estado en otro lugar. Su cuerpo estaba en la cama, pero su mente no. Su mente viajaba lejos entre las estrellas, muchas estrellas, hasta que llegaba a una ciudad hecha de luz.

Desde que podía recordar, siempre había soñado con aquella ciudad. Al principio solo la veía desde arriba y se despertaba. Pero a medida que pasaban los años podía ver con más detalles. Todo era hecho de luz. Las calles, los edificios... Recorría un camino luminoso hasta que llegaba a la entrada de un castillo, y en ese momento se despertaba. Nunca había podido entrar al castillo. Eso la mantenía intrigaba.

Una hermosa melodía salía de allí y, con el tiempo, logró tocarla ella misma en su piano. No sabía qué era, pero la tranquilizaba. Era una melodía muy dulce que la hacía perderse nuevamente entre las estrellas. Una melodía que la llamaba a soñar despierta.

Quando se levantó por la mañana, tenía más sueño que cuando se había acostado. Miró de reojo al espejo de la esquina. Le producía recelo desde la noche anterior. No sabía por qué.

Era un día precioso. Desayunó con sus padres y se fue al club. Su mejor amiga Laura, jugaba en el equipo de jockey del barrio y siempre iba a alentarla.

Quando llegó a su casa, ya estaba atardeciendo. Se asomó por el ventanal del *living* y vio a sus padres sentados en el jardín charlando. Arrojó la mochila a un rincón y se sentó al piano. Se miró fijamente en el espejo que colgaba frente a ella. A su madre le gustaban mucho los espejos. Es por eso que había muchos en su casa y hasta en los lugares más insólitos. De todas las formas y tamaños. Mientras pensaba, por primera vez en diecisiete años, que su madre era algo extraña, comenzó a tocar el piano.

Cerró los ojos y soñó nuevamente con aquel lugar. Parecía que la música la transportaba, cada vez más y más lejos... De repente un ruido la desconcentró. Abrió los ojos asustada, un brillo dorado desaparecía en ese momento de su cuerpo. Creyó que quizás era producto de su cansancio y, simplemente dejó el piano y se asomó al jardín. Su padre alzaba los pedazos de una maceta que se le había caído. Ese había sido el ruido que escuchó.

Esa noche se fue a dormir sin comer, estaba agotadísima. Pero, como ya era habitual, nuevamente dio vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño. De a ratos, miraba de reojo hacia esa esquina de su cuarto con algo de desconfianza. A media noche, ya cansada de intentar dormir, se levantó y empezó a buscar un libro o algo en que ocupar su mente. Estaba en eso, cuando vio un destello de luz apagarse justo donde estaba el espejo. Se irguió y se quedó mirándolo muy fijamente, su corazón latía de manera veloz.

«Esto es estúpido», pensó. «Ya soy grande para tener miedo de estas cosas».

Mientras muchas cosas pasaban por su cabeza, se iba acercando cada vez más al espejo. Por un momento, se quedó mirando su reflejo. No había nada. Acercó su rostro y miró más de cerca por unos segundos. De pronto, su frente brilló. Emma pegó un salto hacia atrás, chocó contra una silla y cayó al suelo. ¡Qué había sido eso!

«Tengo que dormir, tengo que dormir, tengo que dormir», pensó insistentemente. «Estoy muy cansada».

Salió en silencio y fue hasta la cocina. Puso a calentar un poco de leche, esperando que la ayudara a conciliar el sueño. Mientras esperaba, comenzó a escuchar la melodía de su sueño saliendo de la sala donde estaba el piano. Se asomó al *living* y... no había nadie. Fue a revisar a sus padres, pero dormían profundamente. Eso le pareció todavía más extraño. El piano sonando en medio de la noche hubiese despertado a cualquiera.

Volvió a la cocina. La leche ya estaba hirviendo. ¿Cómo era posible que estas cosas pasaran en su casa? Había vivido allí desde que era un bebe y nunca le había pasado nada parecido. Si hubiera fantasmas... los habría sentido antes.

«Fantasmas», pensó. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Agarró la taza de leche y se fue corriendo a su habitación.

*

La primavera ya había comenzado y los días cada vez eran más largos y calurosos. Luego de que escuchara el piano tocar solo en la noche, habían pasado unas dos semanas aproximadamente, y ya no había vuelto a ver ni escuchar nada extraño.

Una mañana, Emma iba al colegio bastante distraída como siempre, cuando sintió que una voz le decía al oído, de repente: «¡Cuidado!». Justo cuando estaba por cruzar la calle, un auto doblaba a toda velocidad por la avenida y pasó muy cerca de donde ella estaba parada. Todo ocurrió muy rápido. Cuando pudo reaccionar, miró hacia todos lados y no vio a nadie cerca. Pero estaba segura de que había escuchado esa voz como si estuviera a su lado.

Emma se quedó parada en el mismo lugar por varios minutos. ¿Estaba pasando algo en realidad o era su imaginación?

Estuvo toda la mañana distraída, pensando en todo lo que le había sucedido últimamente. Y por la tarde, cuando volvía a su casa, decidió pasar por el mismo lugar por el que había ido en la mañana. Se quedó parada en el mismo lugar en el que había escuchado aquella voz, un largo tiempo. Pero no pasó nada. Miró a todos lados, pero no había nadie en la calle. Las siestas en la ciudad eran sagradas. Cuando estuvo consciente de que estaba sola, comenzó a caminar más rápido.

El sol brillaba muy fuerte a esa hora de la tarde y sólo quería llegar a su casa. Tenía la sensación de ser observada nuevamente, y se asustó. En un momento, hasta sintió pasos detrás de ella. Pero cuando se detuvo, ya no escuchó nada. Quizás se estaba sugestionando.

«No me estoy volviendo loca. Todo esto pasa por alguna razón», pensó.

Cuando llegó a su casa, se recostó un rato en el sofá del *living*. Sólo quería dormir. Cerró los ojos y trató de tranquilizarse, poner su mente en blanco. Pero nuevamente comenzó a sentir, como si viniera desde lejos, la música de su sueño. Cada vez se escuchaba más fuerte. Y más fuerte. Y más fuerte... Por fin abrió los ojos resignada, pensando que no tenía tiempo para dormir ahora. Le habían dejado mucha tarea de matemáticas, y seguro le tomaría toda la tarde.

Algo desanimada, miró el reloj de reojo que estaba encima del televisor. Habían pasado dos horas desde que se había recostado. ¿Cómo podía ser?

Fue corriendo hasta la cocina y miró el reloj que había allí. Sí, habían pasado dos horas. Pero no se acordaba de haber dormido. Solo llegó, se recostó un poco, escuchó música y... se detuvo. La música se detuvo y habían pasado dos horas completas. ¿Era posible que se hubiese dormido y que aquella canción estuviera solo en sus sueños?

Muchas veces había tenido la sensación de soñar despierta. Tal vez eso había pasado de nuevo. Pero no se sentía descansada, al contrario. Parecía que había estado despierta durante días.

Aquella noche se fue a dormir muy temprano. Estaba considerando contar a sus padres lo que le sucedía. Tal vez debía ir al médico. Ya no sabía que hacer.

Al entrar en su habitación sintió un fuerte aroma a rosas. ¿De dónde venía? No sabía. Pero se sintió más animada. Las rosas blancas eran sus preferidas, igual que su madre. Le recordaban algo... que no sabía muy bien qué podía ser. Quizá ese aroma venía del jardín, ya que allí había muchos rosales. Se acercó a la ventana y olfateó. No, el aroma venía desde adentro de su habitación. Qué extraño. Cerró la ventana y se arrojó a la cama.

—¿Por qué me pasan estas cosas? ¿Por qué pierdo la noción del tiempo y de lo que hice? ¿Por qué tengo sueños con aquella ciudad? —dijo en voz alta, preguntándose a sí misma.

—No se está volviendo loca. Esos son recuerdos de una vida anterior. Usted no pertenece a este lugar —dijo de repente una voz desde el espejo.

2

El corazón de Emma latía desesperadamente. Era imposible, pero no lo había imaginado. Se había sentado automáticamente en la cama al oír aquella voz tan familiar, salir del espejo. Pero no había nadie.

Después de varios segundos, todavía con su mirada fija en el espejo, vio como una luz comenzaba a parpadear al ritmo de una voz que hablaba pausadamente.

—La estuve observando durante varios días, mi señora. Estoy seguro de lo que digo.

—¿Quién es? ¿Cómo es que...? —esa voz altanera y superada le parecía muy familiar y, sin embargo, no veía a nadie.

—Princesa Emmanuelle... soy su protector.

—Mi nombre no es Emmanu...—empezó a decir, pero pronto se detuvo—. ¿Cómo es eso de que eres mi protector? ¿Protector de qué?

—Discúlpeme, princesa... pero... ¿Realmente no recuerda nada? ¿No me... recuerda?

—¿Qué es lo que debería recordar? —preguntó Emma entre sorprendida y enojada.

—Como... una ciudad de luz, un castillo de cristal...

Emma abrió muy grande los ojos en señal de sorpresa.

—¡Ese es mi sueño! ¡El que tengo yo todas las noches! —lo interrumpió Emma muy emocionada, pensando que tal vez, al fin tendría la respuesta a sus preguntas—. ¿Cómo lo sabes?

—Porque está en mi mente también. Pero yo recuerdo, mucho fuego y después... nada. Nada más... hasta ahora.

—¿Fuego? —repitió ella, frunciendo el ceño—. Entonces no es totalmente igual a mi sueño. Yo nunca vi fuego...—de repente Emma se

detuvo mirando recelosa el espejo. Dándose cuenta por primera vez que aquello no era natural.

Se levantó de la cama y comenzó a buscar y revolver su habitación. Llegó hasta el espejo y lo revisó de pies a cabeza. Luego de un momento de meditación, volvió a sentarse en su cama.

—¿Qué fue eso, princesa? —preguntó la voz.

—¿Cómo voy a saber si no me estás engañando y no hay una cámara o un micrófono escondido en algún lugar de mi habitación?

—¿Y qué ganaría haciendo semejante cosa?

—Bueno... No sé. Pero me resulta bastante extraño estar hablando con una luz en el espejo.

—¿Una luz?

—Sí, una luz es todo lo que veo —dijo Emma. Y miró hacia otro lado cruzando los brazos, algo enojada.

De repente la luz del espejo se fue haciendo cada vez más y más fuerte. Tanto que iluminó la habitación entera y la cegó por unos segundos. Cuando por fin la luz se extinguió, miró hacia el espejo y... ¡no podía creerlo! Allí había un muchacho mirándola fijamente.

—¿Ahora puede verme, princesa? —dijo en tono teatral.

—Ssss... Sí... —dijo ella completamente asombrada. Muy en su interior, algo le había hecho un clic al verlo, y susurró—: Mex...

—Había olvidado que en este mundo las personas no ven nada que no sea corpóreo. Y, obviamente... piensan que por eso no existe. ¿Puede...? ¿Ahora puede recordarme? —preguntó él, algo dudoso aún.

—No... y sí —dijo Emma, todavía muy impactada y confundida.

Se sentía de repente muy extraña. Como si Mex le recordara a alguien que hacía mucho tiempo que no veía. Sentía dentro suyo que lo había extrañado mucho y no sabía por qué, era la primera vez que lo veía. Pero le parecía muy familiar. Su voz la tranquilizaba.

—Me recuerdas... tengo la impresión de que... te he visto antes —su corazón empezó a latir fuerte sin razón alguna.

—Volvamos a empezar entonces —dijo Mex, y se inclinó haciéndole una reverencia —mi nombre es Mex, princesa Emmanuelle, y soy su protector.

Levantó la mirada y le sonrió. Automáticamente Emma se ruborizó, como si acabara de darse cuenta de que estaba sola con un chico en su habitación.

Mex parecía tener la misma edad que ella. Llevaba un elegante traje blanco con chaleco y zapatos haciendo juego. Era un poco más alto, de cabello castaño oscuro y ojos azul eléctrico. Un azul bastante artificial, como si algún tipo de energía se quisiera escapar a través de ellos. Era muy parecido a Emma, excepto que ella tenía ojos marrones. «¡Qué lindo!» pensó.

—Muchas gracias —le dijo él sonriendo nuevamente. Parecía avergonzado.

—¿Por qué? —ella no había dicho nada.

—Por sus halagos, princesa —volvió a sonreírle y ella se puso todavía más colorada. Mex había vuelto a hacer una reverencia.

Muy avergonzada de que le hiciera reverencias y la llamara princesa, Emma fijó su vista en una esquina de la habitación, y dijo: «Ya te dije que no me llamo así».

—¡Ah! Sí, claro, como usted diga —dijo Mex, sonriendo seductoramente. Había alzado los ojos haciéndole burla.

—¿Puedes escuchar lo que pienso?

—Ya le dije que soy su guardián. Es mi trabajo saber lo que piensa, para poder protegerla.

—¿Eres un ángel guardián?

—Yo prefiero guardián. No entiendo muy bien a que se refieren los humanos con eso de ángel.

A Emma comenzaba a desagradarle bastante su actitud. Mex parecía un poco soberbio y sabelotodo. Después de unos minutos de incomodo silencio, ella tuvo que admitir que toda esta situación la tenía intrigadísima. Y, muy a su pesar, volvió a mirar hacia el espejo para hacerle más preguntas. Mex había tomado asiento dentro del espejo. Era una visión algo extraña. Parecía como si estuviera flotando, porque no había un lugar definido donde sentarse.

—Entonces... —comenzó a decir Emma— ¿cómo estás tan seguro de quién soy?

—Tengo que admitir que al principio estaba muy confundido. Pero desde que la encontré, todo tomó un poco más de forma. Fue como haber despertado de un sueño muy profundo...

—Y cuando te despiertas, te toma unos segundos reconocer donde estás o qué estabas haciendo antes de dormirte —completó la frase Emma. Mex la miró unos segundos considerando la idea.

—Sí... algo así. Como ya le había dicho, me desperté en medio de una oscuridad total... y de repente, de la nada... vi un relámpago de luz y lo seguí. Me trajo hasta este espejo y esperé. No sabía que pasaba, hasta que la vi entrar. Entonces lo supe... En todo caso, no fue hasta esa misma noche cuando lo confirmé. Parecía que usted estaba soñando, porque hablaba dormida. Justo unos segundos antes de que despertara sobresaltada... la vi.

—¿Qué cosa?

—La marca de la familia real, por supuesto. Brillaba muy clara en su frente.

Emma no podía creer lo que Mex le decía. Automáticamente se llevó los dedos a la frente para ver si sentía algo. Pero no.

—La marca solo aparece en momentos de tensión, nerviosismo o excitación... de manera involuntaria. ¿Cómo explicárselo?... Cuando usted atraviesa cualquier emoción fuerte que no puede controlar —se explicó Mex, como adivinando sus pensamientos.

—Entonces, si dices que aparece de manera involuntaria, ¿puedo hacer que aparezca cuando yo quiera también? ¿Acaso esos sueños que tengo...? —comenzó a decir Emma.

—No son sueños, son recuerdos, en su mayoría claro. La proyección astral es bien fácil de diferenciar de los sueños.

—¿Cómo?

—Su cuerpo se proyecta astralmente. Su luz viaja a nuestro mundo y regresa. Por eso parece que está cansada. Su cuerpo duerme, pero usted no.

No sabía por qué, pero mientras Mex hablaba, Emma comenzó a perderse en sus pensamientos. Recordó volar hacia una ciudad de luz, atravesar calles y edificios, hasta llegar a un castillo de donde salía la música que ella había sentido la necesidad de tocar en el piano. Su corazón latía con fuerza y, cuando estaba a punto de entrar en el castillo...

—¡Ahí está de nuevo la marca princesa! —el grito de Mex la sacó de su ensueño.

Abrió los ojos y tuvo el tiempo justo para ver en el espejo como una marca en su frente se desvanecía rápidamente. Se acercó para ver mejor.

Pero no había nada. De repente se dio cuenta de que estaba cara a cara con Mex y volvió a ruborizarse. Pegó un salto hacia atrás y se sentó en su cama. Mex parecía no notar la incomodidad de Emma o, al menos, no hizo ningún comentario.

—¿Te puedo pedir un favor, Mex? —este se puso de pie de un salto.

—Lo que usted ordene mi princesa —dijo, haciendo otra reverencia.

—Quiero que dejes de llamarme princesa, por favor.

Mex levantó las cejas, extrañado.

—¿Y cómo debo llamarla ahora?

—Sólo llámame por mi nombre. Me hace sentir incómoda que me digas todo el tiempo princesa. No me gusta.

—Como usted diga, mi señora Emmanuelle —dijo Mex.

—Te dije que me llamo...

—Emma. Sí, ya lo sé. Creo que le queda bien —esbozó una sonrisa pícara, y ahora él fue el que se ruborizó un momento, aunque su rubor era de un color plata. Sacando el hecho que lo veía a través de un espejo, era una persona completamente normal, solo un brillo plateado lo rodeaba—. Ese es el nombre que le dieron en este mundo al nacer. No es su verdadero nombre. Para mí, usted siempre será Emmanuelle. Compréndame. Fueron miles y miles de años llamándola así.

—¿Cómo que miles de años? Yo sólo tengo diecisiete —dijo Emma intrigada.

—Sí. En este mundo su cuerpo físico tiene diecisiete. Pero en el mundo de donde venimos el tiempo no existe. Aunque si tenemos que comparar, la cifra que más se acerca a su edad, son unos miles de millones de años.

—¿Cómo estás tan seguro? —lo puso a prueba ella.

—Porque los dos tenemos la misma edad. Fuimos creados al mismo tiempo. Nacimos el mismo día. Junto con el nacimiento de un miembro real, nace también su guardián. En este mundo, el cuerpo físico tiene tiempo de vencimiento. En nuestro reino no, nuestro cuerpo es luz. Y podemos concentrar esa luz para usar todo tipo de poderes.

—¿Poderes? Yo no tengo ningún tipo de habilidad especial.

—¿Cómo no? ¿No pudo nacer con sus poderes? Pero estaba previsto que así fuera...

Parecía que Mex pensaba que ella sabía mucho más de lo que aparentaba. Pero Emma no entendía nada de lo que le estaba pasando. Era como si él diera cosas por sentado que ella no recordaba.

—Escúcheme bien, parece un poco perdida —por fin se dio cuenta él—. Vayamos por partes entonces. Usted tiene en la frente la marca de la familia real. La acaba de ver con sus propios ojos y no lo puede negar. Sé que es muy importante para ustedes el poder ver las cosas.

Emma volvía a sentir la sensación de antipatía por él que había sentido hace unos momentos. No le gustaba para nada la soberbia y altanería.

—Pero por no poder ver las cosas no significa que no existan —siguió diciendo él—. La marca claramente existe. Lo que quiere decir que pertenece a la familia real. Y cada miembro de la familia real tiene poderes de algún tipo.

—¿Cómo cuales? —quiso saber ella.

—Por ejemplo... —parecía que Mex estaba haciendo un enorme esfuerzo por recordar—. Está la habilidad de controlar los elementos... o el poder de hacer cosas solo con pensarlo...

—Eso no es para nada asombroso —dijo Emma, decepcionada—. Hay personas aquí que también lo pueden hacer. Eso se llama telequinesis. Son sólo trucos de magia.

—Todo lo que existe en este mundo en el que usted vive ahora, fue pensado y creado especialmente por los reyes de Argos, por ende todo lo que existe en este mundo viene del nuestro.

—¿Argos? ¿Así se llama el reino de donde vienes?

—El reino de donde venimos... —la corrigió él—. Puede ser que existan personas como usted dice que hacen «trucos de magia», pero sus poderes no son auténticos.

—¿Y cómo puede ser que hasta ahora no me di cuenta de nada? ¿Cómo sabes que todavía los tengo? —lo interrogó Emma.

—Claro, puede ser que los tenga algo... ¿Oxidados se dice? Pero deberían estar ahí sin duda.

—Pero tendría que haberme dado cuenta si tuviera poderes —repitió ella.

«Tal vez los hubiera podido usar para aprobar matemáticas», pensó con picardía.

—Sus poderes no son para eso, señorita —dijo Mex adivinando sus pensamientos una vez más—. Y ya los ha usado.

—¿Ah sí? ¿Cuándo? —preguntó Emma desconfiada.

—Con la proyección astral por ejemplo. Su luz viaja a Argos.

—¿Creí que habías dicho que eran recuerdos?

—No. Dije que la mayoría sí lo eran. Nosotros estamos hechos de energía y, cuando esta desaparece deja rastros. Lo que usted ve en sus sueños no son más que residuos de energía. Como la que dejan algunos seres humanos al morir...

—¿Te refieres a los fantasmas?

—Exactamente. Son solo residuos de energía, que ya dejó de existir hace mucho, pero que nos permite ver y oír cosas muy precisas. Como cuando usted escucha la melodía que compuso hace miles de años. La ciudad viva y la ciudad muerta...

—¿Son la misma ciudad? —Mex asintió con su cabeza—. Pero ¿cómo pudo pasar algo así? ¿Qué ocurrió?

—Debería saberlo, pero eso no lo recuerdo —dijo Mex en tono aparentemente triste—. Es por eso que necesito que recuerde como usar sus poderes. A medida que recupere la intensidad de su luz seguro voy a poder recordar qué fue lo que sucedió en el reino de Argos.

—Muy bien —concluyó Emma—. Supongamos que creo todo lo que me estás diciendo... ¿qué es eso de la intensidad de la luz?

—Lo siento, creo que en su mundo se llama espíritu o alma. Llámosle así también para que no haya confusiones. El poder que usted posee es único, incluso en nuestro reino.

—¿En serio? ¿Y cómo puedo controlarlo?

—Bueno... para empezar... debe tratar de concentrar su energía. Junte sus manos, como si sostuviera una pelota invisible.

Emma se acomodó mejor en su cama e hizo lo que Mex le decía. Cerró los ojos y trató de concentrarse... pero no sucedió nada. Luego de unos minutos haciendo lo mismo entreabrió los ojos, vio como Mex la observaba fijamente y sintió vergüenza. Debía ser una visión extraña para cualquiera que la viera, pero Mex en cambio parecía concentrado. Volvió a cerrar los ojos e intentó algo más. Trató de recordar la melodía que tocaba en el piano y de a poco fue escuchándola cada vez más fuerte. Por un momento dejó de tener conciencia de donde estaba y

le dio la sensación de que estaba volando muy lejos. Llegó a la ciudad, atravesó las ya bien conocidas calles, pasó cerca de los mismos edificios y... cuando llegó al castillo... ¡la puerta al fin se abrió!

Una mujer estaba sentada de espaldas, de cabello muy largo color castaño oscuro y peinado muy delicadamente. Llevaba puesta una corona de oro en su cabeza y un vestido de luz brillante con un escote que le llegaba hasta la parte baja de la espalda. Este escote dejaba salir unas hermosas alas doradas, tan brillantes y segadoras como su vestimenta.

Emma se fue acercando muy lentamente. La melodía se escuchaba cada vez más fuerte. Había rodeado casi todo el lugar donde se encontraba aquella mujer, cuando de repente notó que estaba sentada frente a un piano, un piano tan brillante como ella. De ahí provenía la melodía que escuchaba.

Terminó de rodear todo el lugar y de pronto, se encontraron frente a frente. ¡Emma no podía creerlo! ¡Era ella misma sentada al piano!

Abrió de repente sus ojos. Mex seguía observándola desde el espejo con una ligera sonrisa en los labios. La marca de su frente desaparecía lentamente. Pero esta vez, había conseguido crear una pequeña bola de luz entre sus manos.

Emma estaba completamente excitada. Su corazón latía como nunca lo había hecho hasta entonces. No podía ser. Y, a su vez, no podía negar lo que había visto. No había sido un sueño. Realmente había estado allí.

—¿Cómo se siente? —dijo de repente él, con tono preocupado.

—Excitada y... confundida —Emma quiso contarle lo que había sucedido, pero él había visto todo en su mente.

Mex parecía tan excitado como ella. Se había puesto de pie dentro del espejo y caminaba mientras hablaba con Emma, sin poder ir a ningún lado realmente.

—Sí... ahora recuerdo. ¡Ahora recuerdo muchas cosas! —dijo, más para sí mismo que para Emma. Giró su cabeza para mirarla, pero ella había caído profundamente dormida, por el cansancio y esfuerzo. La miró un momento mientras dormía. Sí... había recordado muchas cosas...

3

Al día siguiente Emma se despertó muy tarde. Pensando que se había dormido para ir al colegio y su madre no la había despertado, salió corriendo de su habitación. Sus padres ya estaban desayunando tranquilamente en la cocina y, de pronto, recordó que era sábado. «Excelente», pensó.

—Anoche fui a tu habitación para avisarte que la cena estaba lista, pero ya estabas dormida —dijo su madre —supuse que estabas cansada, por eso no te desperté.

De pronto cruzó por su mente un pensamiento fugaz como una flecha, y recordó todo lo que había vivido la noche anterior. «Mex», pensó. Pero cuando enfiló para su habitación, su madre la tomó del hombro y la sentó en el desayunador.

Cuando por fin pudo escaparse de sus padres, escuchó que su madre decía en tono cansino: «Estos adolescentes cada vez comen menos, no sé de donde sacan tanta energía».

Sí, energía era lo que le había faltado de repente anoche, por eso se quedó profundamente dormida. ¿Realmente había creado esa bola de luz con su propio espíritu? Atravesó el pasillo y, al llegar a su habitación, se detuvo un momento. Había saltado tan rápido de la cama que no había tenido tiempo de ver a su alrededor. ¿Con qué se encontraría al entrar? Tomó un poco de aire, cerró los ojos y entró.

Primero abrió un ojo lentamente, y enseguida abrió el otro. Todo estaba exactamente igual que siempre. La cama deshecha, toda la ropa sucia hecha un bollo en el rincón. Nada parecía haber cambiado. Cerró la puerta y comenzó a examinar todo con más detenimiento. Todas sus pertenencias estaban en el mismo lugar. Revisó el espejo con cuidado, y nada. Emma suspiró y miró por la ventana. «Mex» —dijo en voz baja, casi como un susurro.

—Dígame, princesa —dijo una voz bien conocida por ella, causándole un respingo.

Emma se dio vuelta automáticamente hacia el espejo. Ahí estaba él. Exactamente en el mismo lugar que la noche anterior. El mismo traje pantalón, camisa y chaleco color blanco. Llevaba su camisa arremangada hasta los codos.

—Pensé que ya no estabas... Y ya te dije que no me digas princesa.

—Como usted ordene... princesa —dijo Mex, en tono burlón.

—¿A dónde fuiste? —preguntó ella, ignorando su broma.

—A ningún lado —contestó él—. Estuve todo el tiempo en el mismo lugar. No me he movido. Recuerde que soy su guardián.

—¿Entonces por qué no estabas en el espejo?

—Sí estaba. Pero es cansado para mí mantener todo el tiempo esta forma. Y, como usted dormía, me tomé el atrevimiento de volver a mi forma original.

—¡Ah! Discúlpame. Supuse que como eras energía, no podías perder... energía —dijo Emma burlándose de él. Mex no era el único que podía hacer chistes. Pero él parecía no haberse dado cuenta de la broma.

—Nuestros cuerpos son de luz, pero no por eso menos vulnerables. Es por eso que cuando su energía fue creciendo, pude despertar del sueño en el que estaba.

Se pasaron todo el fin de semana en su habitación, intentando recrear lo que había pasado aquella noche, pero no tuvieron éxito.

Cuando por fin llegó el lunes, Emma tuvo que explicarle a Mex por qué debía irse, pensando que tal vez le daría alguna razón profunda por la cual quedarse. Pero su única respuesta fue: «Son muy importantes sus estudios, mi señora, debe poner mucha voluntad y ser la mejor». Ella solo se limitó a mirarlo burlonamente y pensó: «Sí, claro».

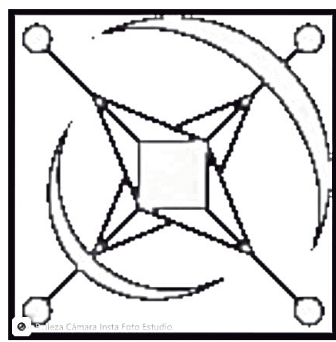
*

Emma se encontraba en el descanso sentada sobre el césped debajo de un enorme árbol. Miraba a lo lejos como sus compañeros jugaban al fútbol. Pero en realidad no era lo que veía. Su mirada estaba perdida en un punto fijo delante de ella. En sus manos había un cuaderno en el que había estado dibujando toda la mañana, mientras estaba en clases.

Trató de reproducir muchas veces la marca que había visto en su frente sin mucho éxito.

—Creo... que sí, esta es —se dijo a sí misma luego de mirar nuevamente su cuaderno.

Había llegado por fin a copiar exactamente aquella marca con todos sus detalles. Luego de muchos borrones y tachones, su cuaderno se veía algo así:



—Sí... esto es lo que vi —repetió en voz alta—. No sé por qué tengo la sensación de que vi este símbolo en algún lugar mucho antes. Cuando llegue a casa le voy a preguntar más cosas a Mex.

—¿Y por qué tiene que esperar a llegar a su casa mi señora? —dijo una voz altanera en su oído izquierdo.

Emma pegó un salto poniéndose de pie y empezó a mirar hacia todos lados. No había nadie cerca de ella. Pero ya había reconocido su voz.

—¿Mex? —preguntó dudando.

—¿Sí? —Respondió él.

—¿Cómo haces eso? ¿Por qué ahora no puedo verte otra vez?

—Ya le dije que el que no pueda ver no significa que no exista. Siempre estoy a su lado. ¿De qué otra manera haría valer mi título de guardián si no hiciera así?

—Entonces... ¿estuviste conmigo todo el tiempo?

—Por supuesto.

Emma volvió a sentarse en el césped tranquilamente. Todo lo que le estaba pasando era tan extraño que no sabía cómo reaccionar. Ahora

tenía a un chico siguiéndola a todos lados. De repente un calor subió por sus mejillas y se puso colorada.

—No se preocupe —dijo Mex adivinado sus pensamientos nuevamente—. En algunos casos solo me coloco de espaldas para darle más intimidad.

—¿Cómo sabes todo el tiempo lo que estoy pensando? —dijo enojada, tratando de hacer a un lado la parte incómoda.

—Mi trabajo no solo es cuidarla de terceros, sino también de su propia imprudencia.

—Claro, cierto... mi ángel guardián.

—Ya le dije que yo prefiero solo guardián, muchas gracias —su voz se había endurecido. No le gustaba para nada la palabra ángel.

A Emma cada vez le caía peor Mex. Odiaba a los soberbios y pedantes. ¡Y encima ahora tenía que ir con él a todos lados! Justo a ella tenía que pasarle eso, que se había acostumbrado desde niña a estar sola. Le gustaba estar sola.

—¿Por qué? —preguntó Mex.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué le gusta estar sola?

Emma se sentía observada todo el tiempo, eso la incomodaba sobremanera, pero parecía que iba a tener que acostumbrarse forzosamente.

Pensó en sus amigas, y como todas ellas ya tenían novio. Se sentía un poco excluida del grupo. Y no era que ella no hubiera tenido posibilidades, pero no podía evitar sentir muy en el fondo de su corazón... que traicionaba a alguien. Sabía que era un pensamiento algo extraño, pero simplemente no podía evitarlo. Por eso siempre había preferido estar sola, pese a que había perdido a las pocas amigas que había logrado a lo largo de su vida. Solo Laura salía con ella en ocasiones, su novio cursaba ya el primer año de la universidad. El resto, siempre salían en parejas y, eso la hacía sentir demasiado incómoda. En ocasiones solía pensar que ya no tenía muchas cosas en común para hablar con ellas.

—¡Oh! Ya veo —dijo él, escuchando lo que pensaba—. ¿Qué es un novio?

—Mmmm... es algo así como una pareja del sexo opuesto con el que te gusta estar todo el tiempo.

—Ahhh... ¿Así le dicen en la tierra?

—¿No tienen pareja en su reino?

—Solo los que se convertirán en reyes. Son los únicos con derecho a casarse. Nosotros somos más bien como hermanos. No vemos al sexo opuesto como ustedes lo hacen. En el reino de Argos el matrimonio es algo político, por eso los novios no existen.

—¿Pasan de hermanos a esposos directamente?

—Algo así.

—¿Entonces tú no tienes pareja? ¿No hay una «guardiana» a la que extrañes? —preguntó ella burlándose de él.

—¡No! —respondió con énfasis —el único propósito de mi creación fue el de cuidarla a usted mi señora.

Emma sintió algo de lástima por él. Debía de sentirse muy solitario. Así como ella se sentía. Pero por alguna extraña razón, comenzó a estar más cómoda a su lado.

—Me resulta extraño que ahora piense que le gusta estar sola. En Argos lo odiaba.

—¿En serio? —se quedó pensativa unos segundos para ver si recordaba algo, pero no.

—No creo que a nadie le guste estar solo en realidad. Usted solo se acostumbró a la soledad. Eso es muy distinto.

—Me sorprende que sepas tanto de mí... y yo no recuerde nada de ti —Mex no dijo nada, y Emma no podía verlo como para adivinar que cruzaba por su cabeza. Pero luego de un momento, él habló al fin:

—Creo... creo que es mejor así, mi señora —su voz sonó diferente por primera vez, ya no le pareció soberbio. Parecía... dulce.

—Por lo que puedo intuir... —dijo ella mirando hacia su izquierda, adivinando donde estarían sus ojos, aunque en realidad no podía verlo—, creo que recuerdas cosas que no quieres decir.

Nuevamente el silencio.

—Ya le dije que es mejor así. En serio. No importa.

—Mex... si creíste que yo debería recordar algo en particular, lo siento... pero no puedo...

—Hablemos de otra cosa mejor —él la interrumpió de manera cortante y Emma se sorprendió. ¿Se habría ofendido?

—Muy bien. Quiero saber más sobre esta marca. ¿Qué significa?

—No mucho. Los príncipes llevan esta marca como distinción de su poder noble, y sus guardianes poseen una igual completamente invertida de su poder... Cada reino tiene su blasón. Es como un apellido aquí en la tierra. Demuestra de qué reino vienen.

—Entonces... mi nombre sería... ¿Emmanuelle Argos? —Mex no dijo nada y ella lo tomó como un sí—. ¿Hay otros reinos?

—Claro. Infinidad de ellos. En los años que tenemos creo que nunca llegamos a recorrerlos todos. Pero todos dependen de Argos, de alguna manera, como si fuera una capital o algo así. Aunque no estoy muy seguro... no fui educado para gobernar como usted —habló de manera tan vaga que Emma no pudo dejar de pensar que en realidad sabía muy bien de lo que hablaba. Quizás no le habían enseñado a gobernar, pero el instinto que parecía tener para todo la asombraba. Aprendía demasiado rápido.

Emma volvió a concentrarse en un punto fijo delante de ella. Era un día precioso. Cada vez se notaba más el calor de la primavera. Recostó su cuerpo contra el tronco del árbol debajo del cual estaba sentada y comenzó a adormecerse. La voz de Mex era un sedante. Sabía que le traía recuerdos agradables, pero no recordaba ninguno. ¿Se habría enojado por eso? Si así era, él no hizo ningún comentario al respecto.

Después de unos minutos escuchó una voz que la llamaba desde lejos. Era una de sus compañeras avisándole que debían volver a clases. La campana ya había sonado.

Se levantó lentamente, muy de mala gana, para regresar. Cuando recordó que no estaba sola. Miró hacia el vacío, en dirección de donde había venido la voz de Mex todo el tiempo. Y dijo:

—Después de clases seguimos charlando. Quiero saber más. Quiero recordar.

—No hay problema mi señora. Tómese todo el tiempo que necesite para su educación —dijo la voz de Mex a su izquierda. Volvía a sonar normal.

Emma miró esta vez al lugar correcto algo confundida. ¿Cómo sabía a qué lado mirar si no podía verlo?

—Siempre estoy a su izquierda. Ese siempre ha sido mi lugar... a diez pasos de distancia. Ni más... ni menos... —la voz de Mex cambió por un momento nuevamente. Como si hubiese recordado algo que lo entristecía y se quedó en silencio.

—Perdón. Es que me resulta muy extraño estarle hablando al vacío. ¿No hay una forma de que te pueda ver que no sea el espejo?

—¡Claro! —respondió de inmediato, saliendo de su ensimismamiento—. En el espejo se puede ver reflejada el alma. No es el espejo el que cambia la forma del cuerpo. El cuerpo no cambia. Lo que se ve en el espejo es la forma del espíritu. El espejo solo muestra cómo se sienten y ven en el interior.

—Entonces, como tú no tienes cuerpo físico... no puedo verte junto a mí. Pero sí puedo verte reflejado en las cosas —trató de adivinar Emma—. Porque eres solo espíritu.

—¡Exacto! —dijo entusiasmado él.

—Perfecto. ¿Pero qué sucede si otros también te ven?

—Hay que tener un poder muy especial para poder verme. Los seres humanos comunes y corrientes no podrán hacerlo. No corremos peligro.

*

Más tarde, ese mismo día, Emma salía por fin del colegio algo decepcionada. ¡La próxima semana tendría examen de historia! Le parecía un enorme desperdicio pasar todo el día en el colegio, cuando ella sabía perfectamente que podía utilizar mejor el tiempo. Además... ¿A quién le importaba lo que había pasado hace miles de años? La historia no le sería útil en la vida.

Caminaba distraída por la calle de regreso a su casa, y pasaba las hojas de su libro de historia de principio a fin como si fuera un abanico.

De repente, tropezó con una persona que salía de unos de los negocios laterales. Cayó sentada con fuerza al piso y sus pertenencias se desparramaron por todos lados.

—Perdón. Mil disculpas señorita —dijo una voz masculina.

Emma levantó la cabeza y vio a la persona con la que había tropezado. ¡Era un hombre hermoso! Alto, de cabello muy negro y largo hasta los hombros que tenía recogido en una pequeña colita detrás de la nuca, y ojos color miel. Llevaba puesto un traje azul oscuro de una tela brillante. Este le tendió la mano para que ella pudiera levantarse.

—No se preocupe, no hay problema —Consiguió decir ella con su voz algo temblorosa.

Tomó la mano que él le ofrecía para levantarse y un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Él se inclinó en el suelo y estuvo unos segundos juntando las cosas que se le habían caído, mientras Emma se sacudía su uniforme. Pero, cuando le entregó el libro de historia, sus facciones cambiaron por completo. Tenía una mirada fría y calculadora. Sin saludar, se fue en el sentido opuesto al que venía.

Ella creyó ver que su reflejo en las vidrieras era deforme y desprendía una luz roja a medida que se alejaba. Se quedó un minuto mirando hacia el lugar por donde él se había marchado, algo extrañada. Cuando reaccionó, pegó una ojeada a su libro de historia, que había caído abierto en una página central. ¡Sus ojos no podían creer lo que estaba viendo! Era el símbolo de su sueño. Retrocedió algunas páginas para ver el título. Este decía: «Historia sumeria».

Esta era la imagen del símbolo de su libro de historia.



Emma simplemente no podía creer su suerte. Sabía que había visto el símbolo en alguna otra parte. Después de todo, la historia sí iba a servirle. De repente pensó en Mex, y fue a pararse enfrente de una vidriera.

Ahí estaba ella, parada frente a un vidrio con el libro en las manos, y Mex detrás de ella, a su izquierda. Tenía los pies ligeramente separados y las manos juntas detrás de su espalda.

—¿Por qué no me avisaste que iba a chocar con él? —quiso saber Emma.

—No lo sé —dijo Mex extrañamente pensativo—. No pude sentirlo.

—Bueno, no importa —dijo ella restándole importancia—. En este libro está el blasón de Argos. Vamos a casa que quiero ver qué dice.